LO ESPAÑOL Y LO HISPANICO EN TEXAS

POR

CARLOS M. FERNANDEZ-SHAW

Ocurrió en la ciudad de Houston mi primera amanecida en Texas. Y la verdad es que fué el frío mi raptor de los brazos de Morfeo. Estaba helado, y tuve que buscar apresuradamente alguna acogedora colcha que me librara de la baja temperatura reinante en el dormitorio femenino de la Universidad de Rice. Alto ahí a los malos pensamientos, que en verano son los profesores del Instituto de Lenguas y algún que otro invitado sus beneficiarios, y no hay el menor rastro de alumnas por el interior de su moderna estructura. De aquí la ausencia de enchufes para la máquina de afeitar en los cuartos de aseo y mis problemas —inesperados en Norteamérica— para hacer desaparecer mi diaria barba.

¿Es que hace frío en Texas en verano? La respuesta es positiva si se refiere la pregunta a los interiores de los edificios, de los autobuses o de cualquier lugar limitado por cuatro paredes: el aire acondicionado ha alcanzado en Texas una popularidad difícilmente igualada en cualquier otro Estado de la Unión y suele proporcionar temperaturas que se aproximan muy favorablemente a las del Polo. Se tiene frío en el curso de la diaria labor en Houston, pero nadie reclama cuando regresa de la calle, agobiado por los elevados grados de temperatura y de humedad de que tan generosamente provee la naturaleza. La lucha con el medio ambiente es más llevadera cuando se tiene la certeza de no tardar en encontrar el oasis de algún refugio que le proteja a uno de los rigores caniculares. Y como los oasis son muchos, la salida a la calle ha dejado de ser una lucha en regla con los elementos para convertirse en una serie de escaramuzas guerrilleras, tan en boga en la actual técnica bélica. Aprieta el sol y sofoca el elevado porcentaje higrométrico: hay momentos en que el peatón se siente con misión de proa, hendiendo la densidad ambiente con el mascarón del propio cuerpo.

El calor se me ha aparecido como una de las características de Texas. He disfrutado de los ardores de su sol en casi sus cuatro puntos cardinales: llegué a recorrer en automóvil unos 3.000 kilómetros. En las localidades centrales tuve que soportar temperaturas de 105° F., si bien el grado de humedad era escaso, al estilo en uso en las llanuras de Castilla. Y tuve calor en Houston, y en Galveston, y en la carretera a San Antonio, y en las inmediaciones de San Saba, y en el este, y lo

hace en el «panhandle» (mango de sartén), al Norte, granero del país, parte de la región denominada por los españoles «llano estacado». Pero este calor, característico de Texas, a que aludo, no es sólo el climatológico: es también el temperamental. El forastero es recibido con calor, pero calor de amistad, de corazón abierto, de simpatía. Es el tejano franco de carácter, amigo de la sinceridad, generoso en el reparto de lo que le es propio, satisfecho de lo que es y de lo que posee. Su fama de fanfarronería es más bien consecuencia de su amor por la franqueza y de su innata oposición —que puede a veces rayar en brusquedad— a cuanto supone ausencia de genuinidad o exceso de vacías formas. De todo esto hacen los tejanos un culto, por lo que no han de extrañar los frecuentes saludos matinales o vespertinos, o simplemente con la mano, que gentes desconocidas entre sí se prodigan al encontrarse en la calle, en la carretera o en una escalera. Cuando el burgalés don Martín de León fundó en 1824 la ciudad de Victoria, bautizó su arteria principal —en la que él vivía con otros allegados— con el nombre de calle de los Diez Amigos: en la actual «Street of the Ten Friends» ha sido colocada hace poco una placa en la que se recuerda su origen español. Con tal simbólico acto se pretende, sin duda, reconocer la deuda ciudadana para con la amistad española, piedra básica del posterior desenvolvimiento de la urbe. Un motivo más digno de reflexión sobre la participación que en equellas peculiaridades del carácter típico regional haya tenido la presencia de España en sus tierras.

Y junto al calor, es el grandor la otra característica que llama la atención en Texas. Todo es grande en este Estado, que sólo ha sido sobrepasado en tamaño, entre sus compañeros de la Unión, por el recientemente incorporado de Alaska. De extensión tres veces superior a la Gran Bretaña, tiene cerca de 700.000 kilómetros cuadrados y una costa de 700 kilómetros a los largo del Golfo de Méjico; sus extremos llegan a distar entre sí más de 1.100 kilómetros. Predominan en Texas grandes planicies, pero no faltan montañas de 2.000 metros de altura, como el Big Ben en el Oeste, y lagos como el Travis o el Texoma en el Norte y el Centro, o espesos bosques en el sector oriental. Siempre que surge el tema de Texas en cualquier punto de los Estados Unidos surge el inevitable chiste o comentario irónico sobre el tamaño de aquel Estado o el orgullo que se atribuye a sus nativos. Sigue existiendo en la mentalidad del norteamericano no tejano la idea de Texas como la eterna frontera: el oeste de los ganados, las mujeres valientes y los hombres pronto para la pelea. Quizá por ello, y para aprovechar y desviar al mismo tiempo tal idea, la propaganda turística del Estado juega con las palabras *fron-tier* y *fun-tier*, apoyándose en ésta para demostrar

los completos atractivos que su superficie ofrece a los visitantes y a los indígenas.

Tiene fama Texas de ser un Estado rico y de contar con el mayor grupo de existentes millonarios. Produce el tercio del algodón nacional, tiene su suelo agujereado por infinidad de pozos de petróleo, sobrepasa a los demás Estados en la producción de vegetales, presume de tener la mejor ganadería de la Unión y cuenta con importantes fábricas de productos químicos, aviación, máquinas-herramientas y productos de todas clases. Texas se ufana de ser la cuna del almirante Nimitz —héroe de la última victoria sobre el Japón— y de los presidentes Eisenhower y Johnson. Es el único Estado que ha tenido vida independiente (dejemos aparte los meses de existencia de la República de Florida occidental) por casi diez años: de aquí su bandera con la «estrella solitaria».

Los españoles comenzaron a darse cuenta del tamaño de la región desde que Cabeza de Vaca la dió a conocer en las famosas descripciones de sus «Naufragios»: títulos tiene nuestro compatriota para ostentar el número uno entre los peatones de la región. Moscoso, Coronado y Oñate, con sus grupos expedicionarios, recorrieron parte de ella por los años cuarenta y finales del siglo XVI, pero no hicieron intentos de establecerse. Y no se equivocaron: dada su extensión, inútiles hubieran sido sus esfuerzos en los primeros tiempos de la conquista. Sólo cuando la colonización del norte de Méjico comenzó a afianzarse, y llegaron a los oídos de las autoridades españolas los intentos de los franceses, estacionados en las bocas del Mississipí, de correrse hacia el Oeste, comenzó propiamente la acción española en lo que es hoy Texas y parte de Louisiana. Y puestas manos a la obra, no escatimaron esfuerzos, ni se doblegaron ante la adversidad, fiel compañera de muchas empresas españolas fundacionales. Y se levantaron varios Presidios y se sembraron por doquier Misiones de franciscanos que llegaron a alcanzar la cifra de treinta y tres, y se construyeron a su alrededor poblados, y se agruparon a los indios para enseñarles el cultivo del suelo y la cría de los ganados en forma científica, punto de partida de una de las actuales riquezas de la región.

Quien goce comiendo mariscos, que visite Texas: recordará sin nostalgia las maravillas que se sirven en «El Mosquito», de Vigo. Y es precisamente la «Mosquito fleet», la flota Mosquito, la que en solemne ocasión anual se hace a la mar —tras espectacular católica bendición en Galveston— como en cualquier puerto del Cantábrico y la que merodea en número no menor a cien *trawlers* por las aguas del golfo de Méjico, para proporcionar satisfacciones únicas a los aficionados al buen pecado, bien en cualquiera de los restorantes de Galves-

ton —ciudad que en su nombre honra la memoria del gobernador español don Bernardo de Gálvez—, bien en los muy buenos de Houston. Puestos a elegir en ésta, vaya mi consejo por la «San Jacinto Inn», a la vera del crucero «Texas» —otro héroe del Pacífico—, fuera de servicio y objeto de turismo, y no lejos del monumento conmemorativo de la batalla de San Jacinto, por la que los tejanos se independizaron en 1836 de Méjico. Las millas: que hay que recorrer hasta llegar a la posada tienen su compensación, pues el hambriento comensal podrá hartarse de mariscos y otras clases de pescados, sin más que pagar una cantidad alzada y razonable al comenzar, y dará igual que se coma cada cual tres platos soperos de gambas y otros tantos de cangrejos, o que los mezcle, o pida más raciones, o los alterne con lenguado o langosta. La divisa de la casa es dejar «k. o.» al cliente, y casi siempre lo consigue.

Toda la sensación que dan de pujantes y progresivas las ciudades de Houston, Dallas o Fort Worth, produce impresión de decadencia el puerto de Galveston. Es posible que la pátina de viejo que la humedad de todo puerto de mar otorga contribuya a ello; pero existe un hecho incontrovertible: Galveston, situado estratégicamente en una isla, en la boca de una gran bahía, se ha dejado arrebatar la bandera de primer puerto de Texas, y precisamente por Houston, ciudad del interior, que ha precisado construir un canal para convertirse quizá en el tercer puerto, en punto a movimiento, del país. Se observan casas abandonadas en Galveston, y su aspecto trae involuntariamente a la memoria rincones hermanos que hemos contemplados en alguna de las estancadas ciudades tropicales de América del Sur. Mejor suerte se merece dicha ciudad, y con vistas a proporcionársela, se está proyectando la construcción de un inmenso parque de diversiones que, contando con las bellezas naturales del lugar, y con el mar y su magnífica playa —la mejor de la región—, sea un foco de atracción para los turistas de dentro y fuera del Estado. Como español, me alegraría del éxito del proyecto: que no agrada ver asociado un nombre español —e ilustre— a algo que no es próspero.

¿En qué país creería usted hallarse si al situarse en el centro de una de sus grandes ciudades se encuentra con los siguientes nombres correlativos de calles: Río Grande, Nueces, San Antonio, Guadalupe, Lavaca, Colorado, Brazos y San Jacinto? ¿Y si, además, en su principal edificio en donde se alberga el Cuerpo Legislativo, se tropieza en el vestíbulo con un puñado de nombres escritos en el suelo, entre los que se destacan Alamo, González, Velasco y Palo Alto? ¿Y si se topa en la sala central del mismo inmueble con un gran escudo español con castillos y leones, formando una especie de artística alfombra en armoniosa

combinación con otros cinco? ¿Y si ondea en el edificio próximo, en el que se hallan depositados los archivos estatales, la misma bandera española escoltada en la pared colindante por otro escudo de las mismas características nacionales? No sería falta de usted si se equivocara al apostar por alguna urbe española, y comprobara que se trataba de Austin, la capital de Texas.

Y no se puede decir que tales son recuerdos de los siglos de dominación española. Austin es una ciudad anglosajona cien por cien —en un principio por nombre Waterloo—, así bautizada para honrar la memoria del hombre que inició la llegada de los colonos del Este y, por tanto, la independencia de Méjico. Los recuerdos españoles que hoy existen en Austin son recientes, como lo es el monumento de las Seis Banderas, inaugurado hace dos años en Victoria, al frente de las cuales, como le corresponde en su calidad de adelantada, se muestra ufana la de los castillos y leones. También ondea ésta a la cabeza del mismo grupo —la de los lises franceses, la mejicana, la de Texas independiente, la Confederada y la actual—, en el gran parque situado entre Dallas y Fort Worth y que bajo el nombre «Six Flags» ofrece al público curioso las reproducciones de otros tantos pequeños poblados a base de las edificaciones, costumbres y acontecimientos más destacados en cada uno de los períodos de la historia de Texas. Nuestra hispánica bandera flamea, en fin —más menciones podrían hacerse—, en la cima de la C. B. Buchanan Home, en Richardson.

Merece la pena hacer un censo, aunque a la ligera, de las localidades tejanas que llevan nombres españoles. Su número no puede por menos de sorprender, y más aún si se agrupan por temas. Llevan nombres propios: Adrián, Antón, Candelaria, Celina, Christoval, Clara, Concepción, Elsa, Esperanza. Gerónimo, Guadalupe, Inez, Joaquín, Lolita, Mercedes, Natalia, Perico, Petronila, Ricardo, Sarita, Socorro y Sebastián. Patronímicos: Aguilares, Alba, Bolívar, Bustamante, Dávila, De León, De Soto, Gómez, González, Guerra, Hidalgo, Morales, Medina, Mendoza, Navarro, Palacios, Los Sáenz, Romero, Saltillo, Valera, Vera, Zapata y Zavalla. Colores: Amarillo, Blanco, Celeste, Colorado, Quemado. Aspectos de la Naturaleza: Agua Dulce, Agua Nueva, Alamo, Alamo Alto, Alta Loma, Alto, Boca Chica, Charco, Coyote, Cuevas, Del Río, Del Valle, El Campo, El Lago, El Paso, El Sauz, Encinal, Encino, Era, Grulla, Hondo, Lagarto, La Paloma, Leona, Llano, Los Ebanos, Los Fresnos, Mico, Nevada, Palito Blanco, Palo Pinto, Plano, Río Frío, Río Grande, Río Hondo, Riomedina, Río Vista, Salado, Salmón, Sandía, Sierra Blanca, Vega y Víboras. Nombres de ciudades o fundaciones españolas: Carmona, Corpus Christi, Galveston, Laredo, La Villa, Loyola, Los Angeles, Puerto Rico, Saragosa,

Segovia y Vigo. De Santos: San Antonio, San Benito, San Diego, San Elizario, San Felipe, San Gabriel, San Isidro, San Juan, San Marcos, San Patricio, San Pedro, Santa Elena, Santa María, Santa Rosa y San Ygnacio. Relacionados con el ganado: Bovina, Bronco, Cornudas, Cuero, Ganado, La Feria, Matador y El Toro. Con la construcción: Balcones, Camilla, Casón, Frontón, Lajitas, Presidio, Refugio, Spanish Fort y Tornillo. Varios: Bandera, Bonanza, Bonita, Boquillas, Brazos, Canutillo, Chico, Dinero, El Indio, La Joya, La Reforma, Loco, Nada, Orla, Progreso, Realitos y Talco. ¿Verdad que no se esperaba usted tantos? Pues ésa es Texas.

¿Y San Antonio? Es la ciudad tejana que más guarda su sello hispánico, y no sólo en su nombre y en sus calles —Dolorosa, Flores, Soledad, Presa, Nueva, Buena Vista, Salinas, Pérez, Ruiz y docenas más que podrían recordarse—, sino en su ambiente, sus plazas, su río, su noche, su aire... En algo se ha de notar que fué la ciudad más importante de la región durante mucho tiempo —por supuesto, bajo los regímenes español y mejicano—, hasta que los nuevos colosos urbanos de Houston o Dallas han venido a ganarle por la mano. Pero no implica tal pérdida de hegemonía la ausencia de progreso en la perla de Texas. Es San Antonio una ciudad en pleno desarrollo, que cuenta con industrias florecientes, como las fábricas de cerveza «Lone Star», y es la sede del más grande establecimiento militar de todo el país: el Fuerte Sam Houston, con el Cuartel General del Cuarto Ejército, y el «Broke Army Medical Center», con un hospital de 2.000 camas, laboratorios y la Escuela Central de Sanidad Militar. Además, las Fuerzas Aéreas cuentan en San Antonio con la «Kelly Air Force Base» (enorme depósito de suministros), la «Lackland Air Force Base» (principal escuela para el entrenamiento de reclutas y futuros oficiales), la «Randolph Air Base» (Cuartel General Ejecutivo del «Air Training Command») y el Centro de Medicina Aeroespacial (centro de investigación para los viajes interplanetarios). Este aspecto de San Antonio, en el que la nota militar predomina, no puede extrañarnos si recordamos que en sus orígenes fué sobre todo la sede de una importante guarnición española. Proyectos conducentes a promover su desarrollo económico y a aumentar sus intercambios comerciales con otros puntos del país e incluso del continente están en marcha: será su culminación la Hemis Fair, que con grandes ambiciones se prepara para 1968, coincidiendo con el 250 aniversario de la fundación de la ciudad.

Predispone a favor San Antonio cuando al entrar en su casco urbano se ven en sus calles balcones españoles y flores por doquier, y cuando se oye por plazas y mercados la lengua de Sor Juana Inés de la Cruz. Su población está formada en gran parte por mejicanos de

llegada relativamente reciente y por sucesores de los pobladores de la época colonial: unos y otros constituyen hasta el tercio de sus habitantes, conservando los segundos un considerable dominio del español. Tal grupo ejerce gran influencia actualmente en la vida ciudadana e incluso estatal; pasaron los tiempos de la segregación en los que su condición hispánica les sometía a vejámenes y situaciones de injusta desigualdad. El representante del distrito en el Parlamento federal se apellida González, y es hombre de gran prestigio local y nacional. Recorrí la ciudad en el Cadillac (utilizado, valga la aclaración, para los entierros de lujo de una funeraria) de sir Henry Guerra, descendiente de una de las más antiguas familias sanantonianas: su español era casi tan bueno como su inglés, pero su hispánica hospitalidad—y la de su esposa···superaban a éste.

La historia de Texas comienza en San Antonio. Es esta ciudad, al decir de uno de sus cronistas sajones, la más preciada reliquia del Estado. La razón principal de su primitiva capitalidad fué la abundancia del agua que manaba no muy lejos y cuyo cauce, formando coquetuelos meandros, habría de constituir uno de los atractivos metropolitanos. Porque el recorrido del río San Antonio por el casco de la urbe, a través de unas conseguidas obras de canalización, se ha convertido en uno de los parajes más bonitos que encontrarse pueden en urbana geografía y uno de los rincones del mundo más cargados de poesía y de romanticismo de la buena clase. Las parejas que quieran rodear a su amor del adecuado marco, que acudan a San Antonio, desciendan las escaleras que conducen al río y se paseen a la luz de los faroles por las bien pavimentadas riberas, o se dejen llevar en cualquiera de las balsas que en varias direcciones circulan, o tomen una copa o pidan una cena en los restaurantes móviles que por el río se deslizan, o se detengan en el «Arneson River Theatre» y contemplen desde un empinado anfiteatro o desde las propias barcas la representación de «Fiesta Noche del Río», que se reflejará en las aguas que fluyen y separan el escenario del auditorio. Ese efecto que produce el ambiente, esa comida que sibaríticamente se ingiere, esas gentes alegres y hospitalarias, ese espectáculo que se contempla, son españoles en gran parte e hispánicos en su totalidad; un vino de Rioja, un gazpacho o un cocido, un dúo de zarzuela o un zapateado flamenco, un olor al sevillano jazmín, o unos ojos profundos de morena clara son hallazgos que pueden darse en cada esquina callejera o en cada recoveco fluvial.

No ostenta San Antonio la primacía fundacional en lo que es hoy territorio tejano. Ya en 1659 fué establecida una Misión, al sur del Río Grande, con la denominación de Nuestra Señora de Guada-

lupe, en cuyo derredor se erigió la localidad de El Paso del Norte. Cuando los colonos españoles de Santa Fe y otros poblados de Nuevo México hubieron de replegarse como consecuencia de la sublevación de los indios en 1680, se refugiaron en El Paso. Entonces don Antonio Otermin y Fray Francisco Ayeta fundaron en 1682 y 1683 las Misiones de Ysleta, Socorro y San Antonio de Senecu, a no gran distancia de la primera. Estas Misiones, como todas las iniciadas por los españoles, tuvieron por objeto civilizar a los indios, enseñarles la religión cristiana y ayudarles en el cultivo de sus campos o cría de sus ganados. Las tentativas del explorador francés Lasalle de establecerse en Texas alarmó a las autoridades españolas, que ordenaron al gobernador de Coahuila, el capitán Alonso de León, se pusiera al frente de una expedición colonizadora.

Dado el interés de esta expedición, decidí incluir en mi peregrinaje tejano las misiones fundadas en el curso de ella. Y, con la guía y conducción experta de miss Henrietta Henry, secretaria de la «Texas Old Missions Restoration Association», partimos de Houston y tomamos la carretera que conduce hacia el Este. Al gozar de la comodidad del moderno automóvil de mi acompañante —heroica enfermera en la guerra del Pacífico contra el Japón, por más señas— y al defenderme de los rigores del clima con la maravilla de su aire acondicionado, ¡cuántas veces en mi viaje reflexioné sobre nuestra molicie actual (¡había momentos en que me sentía fatigado!) y sobre las extraordinarias cualidades de nuestros conquistadores y misioneros que superaron con su entusiasmo y su patriotismo todas las penalidades que la distancia, los rigores del tiempo, los indios, la naturaleza, en fin, les imponían en todo momento!

Es precioso el Oriente de Tejas, e inesperado. No es ésta la imagen que se tiene del Estado de los vaqueros, con sus terrenos sin árboles, planicies predominantes, y color castellano envolviéndolo todo. El paisaje que se divisa a ambos lados de las carreteras 59 y 69 es el de árboles abundantes, bosques cerrados a veces, vegetación densa, color verde como tema principal a base de robles, pinos o nogales, tremenda variación cromática al aproximarse a la ciudad de Tyler, primer centro mundial productor de rosas y sede anual del más brillante festival centrado en torno a la flor reina. El capitán Alonso de León y el Padre Miguel Fontcuberta eligieron tales parajes para la erección de dos Misiones, una de ellas San Trancisco de los Tejas, en el 24 de mayo de 1690. Carteles camineros indican el emplazamiento de la Misión, y una piedra conmemorativa recuerda a los visitantes la hazaña de un puñado de españoles. No hace mucho fué reconstruída su estructura y, aparte de hallarse en el presente vacía, ayuda a la imaginación a rememorar los

azarosos días de su existencia dentro del remanso que encontrarían sus moradores en las frondas de los bosques circundantes. Fundóse una provincia en este sector y fué nombrado gobernador don Domingo de Terán de los Ríos, hasta que en 1693 hubo de ser abandonada la región por tener que concentrarse los esfuerzos españoles en la Florida occidental. Por San Francisco de los Tejas pasaba el Camino Real hacia Natchitoches, uniendo el oriente de Texas con San Antonio y Santa Fe. Es la actual carretera 21, y no faltan a lo largo de sus millas letreros rememorativos de su antigua condición de «real» y de haber sido mandada abrir por el rey de España a su gobernador, el anteriormente aludido Terán.

Si antes el aventurero galo Lasalle promovió los intentos colonizadores españoles de fines del siglo XVII, fué a comienzos del XVIII la presencia del traficante francés Saint Denis la que decidió a las autoridades hispanas al establecimiento de una red importante de Misiones y Presidios en puntos estratégicos del territorio. En 1716, en el curso de la expedición mandada por don Domingo Ramón y a la que pertenecía el Padre Francisco Antonio Margil, se echaron los cimientos, no lejos de los anteriores emplazamientos, de las Misiones de San José de los Nazonis, Nuestra Señora de la Luz, Nuestra Señora de los Dolores de los Ais y Nuestra Señora de Guadalupe, ésta en el actual emplazamiento de Nacogdoches, importante localidad de la región, en la que hacia el año 1779 se construiría un fuerte que todavía puede visitarse bajo la denominación de «Old Stone Fort». Completando el plan proyectado, en 1717 fundó Ramón la Misión de los Adaes, al lado de Natchitoches, en lo que es hoy Estado de Louisiana. Abandonadas temporalmente, como consecuencia de las incursiones francesas, dichas Misiones fueron restablecidas por el marqués de San Miguel de Aguayo, gobernador de Coahuila, en 1721, añadiendo el Presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes, cerca de la actual ciudad de Robeline y no lejano de la Misión correspondiente. Tejas fué erigida en gobierno independiente, y Los Adaes se convirtió en su capital por espacio de cincuenta años, hasta que el gobierno provincial fué transferido a San Antonio en 1772, en los tiempos en que Louisiana era española y ya no había franceses de quienes defenderse. Allá por 1779 llegó a la región el burgalés Antonio Gil y Barbo y utilizaría los abandonados muros de la Misión de Guadalupe para establecer una casa comercial. Todavía puede encontrarse en Waco a uno de sus descendientes, Henry Arechiga, conservando parte de los archivos familiares.

Completando ese esfuerzo español por guarnecer el este de Texas, y para no dejar muy aislados tales establecimientos, se estimó procedente fundar una ciudad intermedia. Esta es la razón de la existencia de San

Antonio, cuya partida de nacimiento data del 1 de mayo de 1718; correspondió su conjunta paternidad al capitán don Martín de Alarcón —acabado de nombrar gobernador de Texas— y al Padre Antonio de Buenaventura Olivares, de la Orden de San Francisco. Ocurrió así: Algunas diferencias habían surgido entre ellos poco después de su partida de Monclova, en Méjico, por lo que dividieron sus hombres y sus animales. A la vera del arroyo de San Pedro, don Martín levantó un fuerte al que denominó de Béjar, por el duque de tal nombre, el entonces príncipe de Asturias y más tarde Fernando VI. A media milla de distancia del anterior fuerte, Fray Antonio erigió una Misión, a la que tituló San Antonio de Valero, en honor del Santo Franciscano y del marqués de Valero, por aquel entonces virrey de Méjico. Como consecuencia de un posterior compromiso, la ciudad futura habría de llamarse San Antonio de Béjar. Aquella Misión sería conocida y reverenciada más tarde con el nombre famoso de «El Alamo» y se convertiría en uno de los santuarios patrióticos de los Estados Unidos por haber sido el lugar de la resistencia enconada en 1836 de un grupo de ciudadanos anglosajones, con el legendario Crockett a la cabeza, contra las tropas mejicanas del general Santana, quien al final del encuentro salió victorioso para no tardar en ser definitivamente derrotado en San Jacinto. Entre el Presidio y la Misión, un pueblo de adobes se iría poco a poco, elevando, y allí se encontrarían las casas de los oficiales y soldados con sus esposas indias, y las tiendas de los artesanos, y alguna cantina, etc. Restos de todo ello constituye el encantador hispánico rincón, conocido por «La Villita», que es una maravilla de recorrer, por su acabado ambiente, sus típicos rincones, sus evocadoras edificaciones con gran tino reconstruídas. Allí se desarrollan anualmente las «Noches del Viejo San Antonio», alegradas por los vistosos colores de los trajes regionales, los sabrosos platos de cocina, los hispánicos aires de músicos y danzantes.

El éxito de la Misión de San Antonio, atrayendo y civilizando a los indígenas de los contornos, promovió la fundación de otras en las cercanías. La primera, en 1720, fué la Misión de San José y San Miguel de Aguayo, hoy conocida por San José. Más tarde, en 1731, se levantaron tres más: Nuestra Señora de la Purísima Concepción de María de Acuña, San Francisco de la Espada y San Juan Capistrano. Fueron elevadas a lo largo del río en una distancia no superior a ocho millas, y se encontraban enlazadas entre sí por un sistema de acequias y acueductos. Muy bien se han conservado estas Misiones, y constituye su visita un incomparable peregrinaje hispánico. Tiene cada una su atractivo, y en todas destaca la magnitud de sus muros, la bondad de sus materiales de construcción y la importancia que alcanzaron fiel reflejo

del considerable centro en que San Antonio se convirtió desde los primeros días de su nacimiento.

No es éste el momento de hacer la historia de las Misiones. Pero sí el de recordar su existencia, su papel operante en el momento histórico presente y su contribución en el futuro a un mayor estrechamiento de los lazos culturales hispano-norteamericanos. Cualquiera que visite, por ejemplo, la Misión Concepción no podrá por menos de admirarse de la estructura de su iglesia (actualmente en servicio) y de la capacidad de su enfermería, desde cuyos lechos los dolientes podían seguir —como allá, cerca de la capital del Imperio, el rey Felipe II había seguido en monástica celda escurialense— la misa que se celebraba en el altar mayor: que en España se considera igual ante Dios a los poderosos que a los humildes.

Aun el más reacio a reconocer la obra civilizadora de España ha de quitarse el sombrero ante el maravilloso conjunto que forma la Misión de San José, hoy bajo la guarda del Servicio Federal de Parques. Han sido reconstruídos la iglesia —cuya bóveda fué vencida hace años por los rigores del tiempo— y los cuarteles en que habitaban los indios, se almacenaban los granos o los aperos, o se practicaban y se aprendían los oficios y las industrias; quedan en ruinas las moradas de los frailes por el romántico sabor que en ciertas circunstancias los muros derrumbados proporcionan. Y es que la evocación y la poesía se respiran en San José por doquier. Allí se encuentra la famosa «Ventana de la Rosa», atribuída al amor del escultor criollo Pedro de Huizar por una muchacha española que, habiendo de venir de la península, nunca llegó a reunirse con él; Huizar es autor también de la notable fachada de la iglesia: dos joyas del arte colonial y dos argumentos más a favor de los partidarios del barroco. Todo este ambiente con el que San José acoge al forastero es debido, en gran parte, al entusiasmo y competencia de una dama, la señora Ethel Wilson Harris, quien se propuso reconstruir y dar nueva vida a la Misión —lo que consiguió merced a las muchas colaboraciones que de todas partes obtuvo— y dar difusión de su historia y significación: en este último orden de cosas, escribió hace ya años el *Relato de San José*, en colaboración con Frank Duane, comedia que tiene por lugar de acción, allá por 1777, la visita que el inspector Morfi realizó a la Misión en compañía del comandante De Croix, en momentos en que Huizar trabajaba en ella; y ha representado por primera vez, en julio de 1964, en memorable sesión a la que tuve el honor de asistir, su nueva obra *Los indios de San José*. No puede ser más adecuado el local en que esta última comedia se ha estrenado: el «Teatro histórico de Texas», inaugurado en 1958, al aire libre, con espacioso anfiteatro y situado en los propios terrenos de la Misión. En su ámbito se oyen

por Navidad los sonidos españoles de la obra *Los Pastores*, que desde los tiempos misionales viene ofreciéndose casi sin interrupción a la piedad de los sanantonianos. Benemérita es la obra de la señora Harris y merecedora del reconocimiento de España: la historia pasada y la vida presente en San José, al alcance de la mano de cualquier curioso turista, constituyen un motivo de orgullo para quien siente en sus venas correr la sangre hispánica.

Con no menos amor ha sido conservado en San Antonio el Palacio del Gobernador español, que sigue situado en el punto central de la urbe. De no aparatosa apariencia (lastimosamente alterada por la vecindad de los estridentes colores de un «drug store»), tiene el empaque y la dignidad de lo hispánico; y en su interior la elegante sobriedad de una casa solariega del siglo XVIII, bien conservada por sus actuales mantenedores, y magnífico símbolo de la epopeya española por tierras de Texas. Es recoleto, acogedor y rumoroso su patio trasero, lleno de flores y de pájaros, centrado por una fuente y flanqueado por un amplio porche. Son de época los muebles y utensilios expuestos, fieles apoyaturas para que la imaginación nos haga revivir escenas entre ellos pasadas. Y presidiéndolo todo, un retrato del marqués de Valero. Y como tesoro, que nos muestra la presidenta de la Asociación Histórica Local, Mrs. Padgett, una elaborada colcha enviada como regalo desde la salmantina y tejedora ciudad de Béjar.

Hay que abandonar San Antonio mal que nos pese. Sirvan como colofón de nuestra estancia en ella los comentarios que oí a una personalidad sanantoniana sobre la obra de España en América: la colonización española ha sido excepcional porque ha sido la única en el que el recién llegado se ha ocupado de los recién descubiertos, intentando civilizarles, incorporarles a la civilización occidental y enseñarles una serie de conocimientos y técnicas útiles para su progreso, intentos en su mayoría logrados. España con sus tres elementos: el militar (conquistador), el civil (organizador) y el misionero (civilizador), organizó la nueva sociedad contando con los elementos previamente existentes; no los arrojó, ni los combatió con el ánimo de que se alejaran, sino los conformó con arreglo a unas sabias leyes. Con estas ideas rondándome por la cabeza, tomé la carretera 81 y puse rumbo a Rockdale, a 60 millas de Austin.

Sabroso «pic-nic» me aguardaba en las riberas del San Gabriel, entre espesos umbrajes y caminos vecinales. Eran los anfitriones unas damas de la «Texas Old Missions Restoration Association» y habían sido invitadas gentes de distinta procedencia, entre otras unos buenos franciscanos españoles residentes en la no lejana localidad de Waco. Hablóse de todo entre bocado y bocado y entre trago y trago de bebidas «sua-

ves» y no tan suaves, que poderoso era el vino traído expresamente para homenajear al visitante hispánico. Tratóse de las políticas democrática y republicana, y mencionóse la importancia que para los Estados supone la conservación de su libertad, a veces puesta en peligro por el absorcionismo federal creciente. Washington sonaba en la conversación como algo lejano, por no decir distante y aun ajeno: los tejanos —alegres, locuaces y casi gritones— parecían más preocupados por el gobierno de su Estado que por las decisiones que se tomaran en la Casa Blanca o en el Capitolio Federal. Y comentóse con preferencia la obra civilizadora de España, los sacrificios que se impusieron muchos españoles para traer la verdad a aquellas tierras y la sangre vertida por doquier. Salieron a relucir las fundaciones de las Misiones de San Francisco de los Horcasitas en 1746, de San Ildefonso en 1748 y de Nuestra Señora de la Candelaria en 1749. A visitar sus emplazamientos fué dedicada la sobremesa. No quedan, en verdad, muchas trazas de aquéllas, a no ser las lápidas conmemorativas levantadas en 1936, en las que se cuenta al caminante —tan pocos en USA— los hechos sobresalientes de cada Misión. Fray Mariano Francisco de los Dolores y Viana inició la primera, y lástima fué que el martirio del Padre José Ganzabal y las circunstancias con él conexas determinaran su traslado en 1755 a orillas del río San Marcos. De la Misión de San Ildefonso se observan restos de un dique y diversas obras de irrigación, y llegó a contar con 349 indios a juzgar por las referencias del capitán José Joaquín de Eca y Muzquiz. Nuestra Señora de la Candelaria sufrió, como la anterior, las consecuencias de la muerte del Padre Ganzabal, y hubo de ser trasladada también, andando el tiempo, cerca del río Nueces, en la actual carretera 55, la piedra recordatoria de la cual tuve también ocasión de ver a mi regreso de Camp Wood. Es notable observar la primordial preocupación de los españoles al fundar una Misión por el agua: se dieron pronto cuenta de que éste era un problema fundamental en Texas, y procuraron situarse en las orillas de un río y construir acueductos, acequias y diques para embalsar el tesoro líquido y aprovecharlo en regadíos.

La ciudad de Menard guarda preciosos restos de la acción española. Allá nos dirigimos por las rutas 81, 183 y 29. Unas horas de viaje y unos cientos de millas bien valen una visita a Menard, y no por los atractivos materiales que hoy puedan encontrarse en su término, pero sí por los recuerdos españoles que allí nos esperan, por el orgullo con que sus vecinos los muestran y por la hospitalidad con que éstos nos reciben. Menard cuenta con 2.000 habitantes y está situada a trasmano de cualquier ruta importante en Texas. Hay que ir a buscarla si se quiere gozar de ella, y éste es quizá uno de sus atractivos. Mr. Wedell, el presidente de la Sociedad Histórica local, fué nuestro guía, y nos

recibió con unos ejemplares del periódico *Menard News* en la mano, en los que se aludía a los motivos de nuestro viaje. A visitar el emplazamiento de la Misión de Santa Cruz de San Saba nos condujo primero, y allí hubimos de figurarnos la escena tremenda del ataque de los temibles comanches, que dejaron en 1758 las edificaciones en ruinas y muertos los Padres Alonso Giraldo de Terreros y José Santiesteban como mártires de la causa cristiana. A no mucha distancia se yerguen todavía las ruinas del Presidio de San Luis de las Amarillas, y a ellas nos encaminamos después. Las tapias exteriores son vecinas en uno de sus costados del río San Saba y sus restos dan idea de sus considerables proporciones. Alguna pared sostiene algún ruinoso arco y entre unas y otros se logra una aproximada idea del respetable tamaño del fuerte, uno de cuyos cubos atrae con su arrogancia la mirada del visitante. Interesante sería la reconstrucción de este Presidio, uno de los sostenedores del poderío militar español en la región. Notables hallazgos podrían obtenerse, a buen seguro, de ahondar un poco; nuestro cicerone --defendiéndose de los rigores caniculares con un amplio sombrero tejano, excepción de los pocos que en Texas he visto-- escarbó en cierto momento con su bastón en determinado lugar y fué recompensado con la aparición de pequeños trozos de cerámica, a no dudar española. Un paseo por las ruinas del Presidio, con alternativo ejercicio de alpinismo por sus escombros, es triste y reconfortante al mismo tiempo, y peligroso, ya que también se siente el silbido no lejano de pelotas de golf golpeadas por aficionados estacionados en un club fronterizo. El día acabó con la sorpresa de comprobar el selecto y casi numeroso auditorio que la Sociedad Histórica había reunido para escuchar el relato sobre la presencia de España en los Estados Unidos.

Fué la localidad de Camp Wood la siguiente parada en nuestra jira misionera. Transcurrió la etapa previa plena de rememoraciones extremeñas, tal es la orografía de la región y la frecuencia de chaparros y árboles retorcidos. No es aquí Texas llana, sino con abundancia de colinas, que hacen serpentear la carretera librando de monotonía a la atención y acumulando algún que otro riesgo si el conductor no es especialmente experto. Más allá recibirán al viajero manchas de encinas, «sage brush» (artemisia), nogales o «pecans», que no por capricho conserva el cercano río el nombre de Nueces, etc. La tierra en estos parajes blanquecina tomará un color más dorado hacia el Norte, por Odessa y por Lubock, en la llanura interminable, el «Llano estacado» de los españoles.

En Camp Wood, a la que nos lleva la carretera 83, estuvo la Misión de San Lorenzo de la Santa Cruz, fundada por don Felipe de Rábago y Terán y Fray Diego Jiménez. Es esta vez nuestro mentor Mr. James

Greer, presidente de la Sociedad Histórica Local, acompañado por un grupo de colegas. Con los datos proporcionados por un equipo de arqueólogos de la Universidad de Texas se reconstruyeron hace tiempo algunos muros con los mismos tipos de adobes utilizados en épocas españolas, pero los trabajos fueron interrumpidos por falta de información fidedigna. Ojalá en los archivos españoles o mejicanos puedan ser hallados pronto los datos que los buenos amigos de Camp Wood precisan para dar cima a sus afanes de recreación fiel de las edificaciones misionales y convertir su localidad en uno de los atractivos turísticos de la región, si no del Estado. Bien se merecerían el hallazgo los miembros de la «Camp Wood Historical Association», por no referirme a otras organizaciones ciudadanas: presencié una de sus sesiones, al aire libre, después de un almuerzo en el que cada familia aportó sus especialidades, y cada uno rivalizó en entusiasmo por los trabajos asociativos y en esperanza por la colaboración que habrían en lo sucesivo de encontrar en España. Tal reconstrucción justo homenaje sería a la memoria de los españoles heroicos que en 1762 se propusieron civilizar los indios apaches y protegerles contra sus rivales comanches. Con la promesa de enviar una bandera rojo y gualda nos despedimos de Camp Wood, y con la de participar en sus esfuerzos investigadores sobre los recuerdos históricos allí enterrados.

Otro Presidio y otra Misión pueden encontrarse en la actual ciudad de Goliad, situada a mitad de camino entre Houston y San Antonio. Para nuestra satisfacción hispánica, ambos edificios se hallan en avanzado estado de reconstrucción, especialmente la segunda, gracias a los fondos generosos provistos por Mr. Thomas O'Connor, presidente de la Sociedad Histórica de Victoria. La Misión de Nuestra Señora del Espíritu Santo de Zúñiga, fundada en el emplazamiento presente en 1749 (los anteriores, en los años 1722 y 1726), tuvo por objetivo cristianizar a los indios caníbales de la región. Yérguense en el paisaje sus muros, con gran fidelidad levantados de nuevo, comprendiendo la iglesia y las habitaciones de los frailes y de los indios, y da gloria verlos y esperanza en que en futuro no lejano puedan recortar sus siluetas en los cielos de Texas el resto de las Misiones, formando una hispánica cadena que abrace el Estado y constituya el soñado «Texas Mission Trail» o «Ruta de las Misiones de Texas». A unas cuantas millas de la Misión se alza el Presidio de La Bahía, fundado por el capitán Orobio y Basterra: importante fortificación a juzgar por los muros en pie y por el terreno acotado de acuerdo con las ya avanzadas investigaciones. Es admirable la labor del arquitecto Mr. Strippling, de sus colaboradores técnicos y del peonaje —en su mayoría mejicano— trabajando bajo el abrasador sol estival, excavando allá, levantando paredes acullá, clasifi-

cando con extraordinarios rigor científico y fidelidad histórica (en adecuados receptáculos, provistos de detallados datos sobre el hallazgo) cuantos instrumentos, botones, herrajes, clavos, piezas de cerámica, etc., han ido encontrando. La iglesia, ya en servicio, hace concebir ilusiones por cómo ha de quedar el resto del recinto militar. Una antigua imagen de la Virgen de Loreto se muestra a la piedad mariana y a la general admiración artística, en una capilla lateral; en el altar mayor aparece un fresco moderno de pintor mejicano ante el que dice la misa dominical el cura de Goliad. Ambiente lugareño español se respira entre los muros de La Bahía y hay que hacer esfuerzos para convencerse de que no nos hallamos en la meseta castellana, sino en las tierras del Tío Sam, y eso que no debemos olvidar que la posterior historia de tal Presidio está muy ligada a la de la independencia de Texas.

Cercana a la anterior Misión se halla la de Nuestra Señora del Rosario, establecida en 1754 por los franciscanos y que tuvo más de cuarenta años de vida. Buena suerte le tocó en punto a conservación: fué elegida para establecer una escuela para las familias de los soldados y pobladores de 1818, siendo sus primeros profesores Juan Manuel Zambrano y José Galán. Con posterioridad, albergaría una escuela femenina.

Otro establecimiento militar sería añadido a los ya mencionados en 1759-60 por el capitán Alonso Rubín de Celis: el Presidio del Norte, en el lugar hoy conocido como Presidio, en la frontera con México, en la parte de Chihuahua. En esta vecindad habían sido fundadas en 1683-84 por Juan Domínguez de Mendoza y el Padre Nicolás López, de la Orden de San Francisco, las Misiones de San Antonio de los Puliques, San Francisco de los Julimes, Santa María la Redonda, San Pedro de Alcántara, El Apóstol Santiago y San Cristóbal. En 1750, José Escandón puso los cimientos a la Misión Dolores, no lejos de la localidad de Laredo, también a orillas del río Grande, aunque a muchas millas al Sur de las anteriores. En paraje casi equidistante de una y otras, el capitán Fernando del Bosque, con el Padre Juan Larios, condujo una expedición en 1675, que atravesó el río Grande por donde hoy se encuentra Eagle Pass, y en lugar próximo a la actual localidad de Del Río que denominaron «San Ysidro» (¿corresponderá al «San Felipe Springs» de nuestros días?), fué dicha una misa solemne el día 16 de mayo, quizás la primera de que se tenga noticias en el territorio de Texas. Cercana a la desembocadura del gran río fronterizo, los franciscanos levantarían, en 1750, la Misión de Penitas, que, andando el tiempo, y cuando se hicieron cargo los oblatos, tomaría el nombre de La Lomita. Con estas fundaciones y las primitivas de la región de El Paso a las que vino añadirse el presidio de San Elizario, en 1770—en medio del Camino Real—, fué festoneándose el río Grande en su interminable re-

corrido con una serie de poblados hispánicos, puestos limítrofes en la hora presente, y que habrían de escoltar hasta su salida al golfo de Méjico, por Boca Chica, enfrente de «Padre Island».

Va llegando la hora de abandonar Texas y de alejarnos de esos trozos de alma que España dejó en su territorio. Los dejamos en buenas manos, las de Tomra, «Texas Old Missions Restoration Association», la que en su folleto divulgador, anzuelo para nuevos miembros, atribuye a las Misiones españolas y a la cultura que ellas difundieron las siguientes benéficas consecuencias para Texas: 1) Plantaron las primeras semillas del progreso cultural de la región; y 2) sin el esfuerzo misionero no se habría formado el núcleo civilizado que atrajera a Moses Austin y a su hijo, iniciadores de la colonización anglo-americana.

En la carretera, antes de llegar al aeropuerto de partida, nos fijamos en las indicaciones de tráfico: «velocidad máxima: 70 millas; de noche, 65 millas». Y reflexionamos en la inteligencia de distinguir, en punto a velocidades —como en otras cosas— entre la noche y el día, y nos damos cuenta de que en Texas está permitido ir más de prisa que en el Este del país: ¿es que los tejanos quieren adelantar a sus conciudadanos orientales y aun sobrepasarlos?, ¿es que quieren recuperar el tiempo perdido? Es Dallas la última tierra de Texas que piso —también fué la primera—, y cuando el avión sobrevuela la ciudad, no puedo por menos de dedicar un pensamiento al presidente Kennedy, el recuerdo de cuya trágica muerte fué quizá la inconsciente explicación de la ausencia en mi itinerario de la visita a la ciudad, sede de un importante grupo de hombres de empresa españoles.

Carlos M. Fernández-Shaw
WASHINGTON
Noviembre 1964